

NARRATIVA

Hurgar en el remordimiento

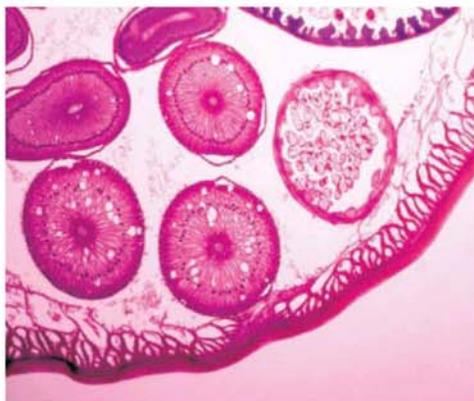
POR J. ERNESTO AYALA-DIP

La noche en que María Broto termina su función en el teatro Lliure, encarnando a Luiba Andreievna, de *El jardín de los cerezos*, de Chéjov, nunca imaginó el vuelco que daría su vida cuando alguien viene a removerle su pasado. Ese día, la vida de María, en la cuarentena, da un giro. Es como si de repente ya no hubiera futuro para ella. Todo está escrito en su pasado. María Broto es una de las protagonistas de *Jauja*, de Use Lahoz (Barcelona, 1976). En esta novela cuesta trabajo hablar de un protagonista. Cada personaje que aparece pone su protagonismo vital en un engranaje que parece abarcar no solo un pueblo remoto (ficticio) de Aragón y la ciudad de Barcelona, sino casi el mundo y la vida enteros. Al lado de María es imprescindible Rafael, el antiguo niño pueblerino que miraba el transcurrir existencial de Valdecázar y el portador de la porción de vida que hasta ese momento María ignoraba. Luego está, como pegado a su piel, Teodoro, el hombre que se hace cargo de María de niña. Y los padres de Teodoro, el ingeniero Pablo Peñañer, tan determinante en esta historia, y Vidal, el actual marido. Todo transcurre entre Valdecázar (que ya aparecía en *La estación perdida*, 2016) y Barcelona. Entre un mundo rural decrepito y desesperanzado y las ilusiones que despierta la ciudad, la novela de Lahoz hurga en los remordimientos de los inevitables males que se hicieron a quienes más se quiso o más se merecieron. *Jauja* es también la novela de la sordidez y la estigmatización social. Y como para mí Lahoz sigue la ruta balzaciana de obras anteriores, diría que *Jauja* es irónicamente un libro sobre las ilusiones perdidas. Leí esta novela sin poder abandonarla ni un instante. Su voz narradora tiene mucho que ver. Es una voz que ve, recuerda, guía y toma la palabra cuando sus personajes no la encuentran. Lahoz sigue fiel a su poética



narrativa, el realismo. Un realismo asumido a conciencia y sin complejos. Yo hablo de Balzac, también se podría citar a Zola. Y al mejor Cela. Y al maestro Delibes. Y claro, Chéjov. Que la vida no es *jauja*, ya lo sabemos. La cuestión era contarnos su porqué con la convincente madurez estética con que nos lo narra Use Lahoz.

Jauja
Use Lahoz
Destino, 2019
464 páginas, 19,90 euros



GETTY IMAGES

NARRATIVA

La Otra ciencia-ficción

Yuri Herrera no solo imagina un nuevo mundo, también lo crea a partir de un lenguaje que suspende la realidad

POR LAURA FERNÁNDEZ

Existe, podría decirse, una ciencia-ficción cómoda, que inventa a partir del arquetipo. Se limita, esa ciencia-ficción, si es que puede limitarse un género que pretende que todo sea posible, a imaginar otros mundos. Les da forma desde una lengua no cambiante que en nada se distingue de la que da forma a una historia realista. Esa ciencia-ficción imagina esos otros mundos sin construirlos. Estamos hablando de ciencia-ficción literaria, es decir, la ciencia-ficción que construyen las palabras. La comodidad, en ese sentido, consistiría en olvidar la forma y centrarse en el fondo. En inventar, como decíamos, esos otros mundos a partir de un lenguaje rígido, ya inventado, que pertenece a este mundo, que no viene, ni pretende venir, de ningún otro lugar. Y luego existe la Otra.

Yuri Herrera (Actopan, México, 1970) y los 21 relatos de *Diez planetas*, tan breves —apenas superan las 3 páginas, algunos ni siquiera las 2; en contadas y brillantes excepciones, Zorg, autor de *El Quijote* y *Los conspiradores*—, las 10 — como exuberantes, en fondo y forma, pertenecen a esa Otra categoría: la de la ciencia-ficción que busca no únicamente imaginar un nuevo mundo, sino crearlo a partir de un lenguaje —y no solo un lenguaje, una estructura, un todo— que invente y descubra nuevos rincones, permitiendo que la sensación de fascinación ante un nuevo mundo se extienda a lo que se lee y la forma en que eso se lee. Un ejemplo casi alegórico. El lector de narices de *‘El cosmonauta’* trata de hacer entendible ese extraño idioma nasal que solo él parece entender a lo que él llama “el mundo extra-narífico”.

Sin perder su carácter lúdico, esa Otra ciencia-ficción de Herre-

ra que es pura literatura, explora, desde atractivos y exóticos y a veces tenebrosos lugares y personajes, lo efímero de la existencia —a partir de la muerte de una bacteria que toma conciencia de que es alguien y lo hace en el intestino delgado de un exfabriante de documentos falsos de Norfolk, Inglaterra (*‘Entera’*); la condición autodestructiva del arte —a partir del alquilar con deseos autodestructivos de lo que parece un penal para, sí, monstruos realmente monstruosos (*‘El arte de los monstruos’*)—, o la base de toda civilización —el apropiacionismo cultural, o la superposición de un mundo a otro que en realidad siempre fue el mismo (*‘Los conspiradores’*)—.

Y lo hace cruzando, como ocurre en *‘Anverso’*, “ápices y ápices”, “Desiertos de ápices y cañadas de ápices y montañas de ápices”, por ejemplo, haciendo un uso, como decíamos, de la palabra, en un contexto inconcebible. Jugando a desestabilizar o suspender también no solo la realidad de lo contado, sino también la del cómo se está contando, lo que consigue alejar doble y felizmente al lector de lo conocido, colocándolo, colocándolo a la condición humana al completo, al otro lado del espejo. Como en el brevisimo “Catálogo de la diversidad humana”, el ser humano se contempla como ser único en su especie en un zoológico extraterrestre. El funcionario aburrido, Potocki, que trata de hacerle reaccionar a partir de agentes externos no tiene ni la más remota idea del vasto universo que, como cada uno de los lúcidos y devorables relatos de Herrera, esconde en su interior.

Diez planetas
Yuri Herrera
Periférica, 2019
136 páginas, 15,50 euros

NARRATIVA

Las metamorfosis de Jacinta Escudos

POR CARLOS PARDO

Este no es un libro nuevo. Su primera edición apareció en Costa Rica en 2008. Además, Jacinta Escudos (San Salvador, 1961) fecha con precisión tres periodos de escritura: “1995-1997, 1999-2001, 2003”. Y añadamos una localización distinta de Centroamérica y Europa en cada periodo... Estos detalles no solo indican el modo de trabajar de Escudos (su elaboración a la vez pulsional, lenta y concentrada); también una experiencia biográfica un tanto nómade. Por eso esta edición de Consonni, primera en España, tiene algo de vindicativo: muestra a una escritora fascinante cuya obra publicada se encuentra repartida, como su propia biografía, en varios países; a la que, por tanto, es difícil conocer en toda su magnitud. Pero también significa que *El Diabolo sabe mi nombre* no es una obra de evanescente actualidad, sino un libro que casi 20 años después de escrito es puro presente.

Escudos es alérgica a las rutinas de estilo. En novelas (*A-B Sudario*, 2003), crónicas de viajes (*Maletas perdidas*, 2018) o celebrados libros de cuentos como el que nos ocupa, apuesta por una escritura que transgrede las convenciones de los géneros que toma de punto de partida. Y si se lo señala como experimental, hay que decir que la etiqueta no le hace demasiada justicia a la claridad



Jacinta Escudos.

de su estilo ni el puro gozo de sus historias. Los 14 relatos de *El Diabolo sabe mi nombre* son un prodigio de escritura ligera, casi improvisada; a la vez que sus personajes sufren transformaciones imprevisibles, la escritura deviene fluida y se torsionan las delimitaciones de género, realidad, razón y placer. Por ejemplo, en *‘Memoria de Siam’*, donde el deseo transforma en hombre a una mujer inglesa en la corte del Siam del siglo XVIII. O en el relato que da título al libro: la narradora analiza

el complejo juego sentimental con su amante, el Diabolo. O en *‘Yo, cocodrilo’*, donde una niña se transforma en cocodrilo para no ser sometida a la mutilación genital. A las encarnaciones del deseo y de la violencia hay que añadirles un polo tanático: las visiones de un fin del mundo vivido sin violencia pero con un deterioro imperturbable y constante (*‘Días del fin’*, *‘Flor del Espíritu Santo’*). No solo por la evidente dialéctica entre el deseo y la pulsión de muerte que hay en estos cuentos, sino porque para Escudos, como en la mitología, Tánatos e Hipnos, Muerte y Sueño, son hermanos; y, como la propia autora ha señalado en alguna entrevista, los cuentos de *El Diabolo sabe tu nombre* tienen su origen en algunos sueños. Mejor dicho, la autora trabaja donde el sueño se hace mito y define nuestra capacidad de imaginar, e incluso razonar. Y por ello incide en las ambiguas figuras del deseo y la transformación (de la duermelva), líquidas a la vez que terrestres (las serpientes) o casi aéreas y arrojándose con sus propias visceras (las arañas).

En el mundo de estos relatos nada llega a cristalizar. Incluso el punto de vista del narrador transgrede una lectura acomodaticia, como en esa triste obra maestra que es *‘Una película japonesa de los años 60’*: el retrato realista del fin de una relación se engrandece gracias, de nuevo, a su desplazamiento a lo fantástico. Y todo en este libro excepcional queda como inacabado, interrogante.

El Diabolo sabe mi nombre
Jacinta Escudos
Consonni, 2019
128 páginas, 15,50 euros